



VERDADERA RELACION DE LA PRODIGIOSA VIDA
y dichosa muerte del Bienaventurado

SAN ALEJO.

PRIMERA PARTE.

Cese el belicoso estruendo
de cajas y de trompetas,
ni tremolen por el aire
estandartes y banderas.
Cese el enojo y la ira,
caigan las galas superfluas,
y en aplaudidos elogios
florezca la penitencia,
à vista de la enseñanza
que dan las divinas letras,

y à vista de los egemplos
de las vidas estupendas
de tantos Santos, que à Dios
dan láuros y gloria escelsa
en vida contemplativa,
para gozar de la eterna.
Hoy pues triunfante mi lira
desea prudente y cuerda
dar à mi auditorio ilustre
una música discreta,

cantando de un Santo insigne
las maravillas supremas
que obró Dios, en atencion
á su vida tan austera;
pues siendo mancebo rico,
vino á morir en pobreza,
hecho la escoria del mundo,
debajo de una escalera.
Ya en esto habrán conocido
quién es el Santo, y mi idea
dará principio á la historia,
para que la devocion crezca.
En tiempo del grande Honorio,
segun las historias cuentan,
gran Emperador de Roma,
un personage hubo en ella,
que llamaban Eufemiano,
hombre de mucha opulencia
y de ilustre calidad,
junto con grande riqueza.
Casó con una matrona
muy virtuosa y honesta,
llamada Aglaes, y tambien
muy poderosa en hacienda.
Vivian los dos esposos
en tranquila paz serena,
muy temerosos de Dios,
repartiendo sus riquezas
con pobres, y para el culto
de Dios en templos é iglesias,
hospedando peregrinos
con caridad muy perfecta.
Eran cercanos parientes,
pues la propia sangre regia
del Emperador Honorio
les viene por línea recta.
Tenia pues su palacio
con muchas torres y almenas,
gran multitud de criados,
de dueñas y de doncellas,
las salas todas colgadas
de mil géneros de sedas;
y en fin era el fausto todo
como de persona escelsa.
Estos clamaban á Dios
con ásperas penitencias,
y con áusteros ayunos
pidiendo con grandes veras,
que les concediera un hijo,
para ser su paz completa.

Vinieron á conseguirlo,
que oye Dios ruegos, que sean
para mas servirle; en fin
dióles un niño, y se alegran
tanto de su nacimiento,
que no obstante que antes eran
los dos muy caritativos,
en esta ocasion su hacienda
se abrió mas pródigamente
á agradecer la fineza.
Bautizaron pues al niño
con alegrías y fiestas,
y le pusieron Alejo,
cuyo nombre se interpreta
vara de humo, que creciendo
hasta los cielos penetra.
Crióse con gran regalo
entre pompas y grandezas,
hollando la plata y oro,
los terciopelos y sedas.
Creció, y con él la razon,
motivándolo la escuela
de un maestro, que celoso
le enseñó todas las ciencias.
Era querido de todos,
dando de su sangre muestras,
y al mismo paso sus padres
le amaban con gran ternera.
Tenia el Emperador
una hija, que en belleza,
en virtud y honestidad,
no habia en Roma doncella,
que no digo la escudiese,
pero que igualar pudiera
á Sabina, que era el nombre
de esta singular Princesa.
Trataron pues de casarla
con Alejo, y él intenta
no contradecir en nada,
aunque tiene hecha promesa
de guardar la castidad,
porque Dios le favorezca.
Celebráronse las bodas
con regocijos y fiestas,
con músicas, con contento,
y con espléndidas mesas.
En fin llegada la noche,
que el sensual la desea
para alhagar su apetito,

dando á las pasiones rienda,
nuestro Alejo entró en el cuarto
donde estaba la Princesa,
y con discretas razones
la dijo de esta manera:
Dios te guarde, hermana mia,
de Dios criatura bella,
en su amor, como á su esposa;
é inclinando la cabeza,
comenzó á decirle Alejo
palabras dulces y tiernas,
no de amores, sino en cosas
de Dios, diciendo que eran
las Vírgenes mas queridas
del Señor, y mas grandeza
gozaban entre los Santos.
Y en fin vino á alcanzar de ella,
el partir entonces mismo,
por cumplir una promesa,
á Jerusalén, que antes
de desposarse fue hecha.
Ella se lo concedió,
entendiendo de que era
una Capilla que en Roma
estaba y de allí bien cerca,
llamada Jerusalén;
pero él otra cosa ordena.
Y sacando de su dedo
una sortija muy buena,
ella dijo así: toma, hermana,
esta sortija, que es prenda
como dada de mi mano
á Señora tan suprema,
porque os acordeis de mí.
Recogió preciosas piedras,
y joyas de gran valor,
con cantidad de moneda:
fue al Tiber, tomó una barca,
embarcóse luego en ella,
salió al mar, y llegó en breve
á desembarcar en tierra.
Llegóse á Santa María,
una consagrada iglesia
á Dios, y en este lugar
dió á los pobres cuanto lleva,
y hasta sus propios vestidos
con un Peregrino trueca.
En este tiempo en su casa
toda la alegría y fiesta
se convirtió en sentimiento,

en pena, llanto y tristeza.
Lloraban su padre y madre,
sin que alivio hallar pudieran;
envian muchos criados,
que por partes muy diversas
lo busquen, y si lo hallan,
lo traigan con diligencia.
Se queja el Emperador;
y su esposa honesta y bella,
suelto el cabello, despierta
clamores que al cielo llegan,
sollozos, ayes gemidos,
que á los risco y á las peñas,
pudieran, con ser tan duros,
ablandarle su dureza.
A este tiempo al Peregrino,
que ya referido queda,
viéndole con el vestido,
de Alejo, al punto lo llevan
á presencia de sus padres,
porque diga lo que sepa.
Contó que le dió el vestido
un jóven de muchas prendas,
trocándolo por el suyo,
y que postrándose en tierra,
con la tierra se estrechó,
llorando mucho sobre ella,
y entre los pobres le vió
pedir limosna. Y con esta
ocasion le preguntaron,
que hacía qué parage era?
Y respondió que en Osidia,
Ciudad que de Siria era.
Despacharon mucha gente
en su busca, pero ordena
el cielo que no le hallen,
aunque de ellos está cerca,
pues á todos conocia,
sin que á él lo conocieran,
antes le daban limosna,
como si otro pobre fuera.
O gran Dios! alaben todos
tus maravillas inmensas.
Vuélvense todos muy tristes,
y él con su grande entereza
prosiguió al santo sepulcro,
para cumplir su promesa.
Mas el comun enemigo,
que frustrar su fin intenta,
en trage de peregrino

con el santo Alejo encuentra,
y despues de saludarle,
con preguntas y respuestas
se introdujo á hablar con él,
y por último le cuenta,
como venia de Roma,
donde una noticia nueva
habia, que un Senador,
persona de mucha cuenta,
habia casado un hijo
con una hermosa doncella,
hija del Emperador,
y no haciendo caso de ella.
la dejó; mas ella viendo
su desprecio, hacia entrega
de su cuerpo, por hacerle
toda la posible ofensa.
Nada Alejo le responde,
candado á sus lábios echa,
y en manos de Dios su causa
resignadamente deja:
suspendiendo su juicio,
su esposa á Dios encomienda;
y en otra segunda parte
proseguiré esta materia.

SEGUNDA PARTE.

Viendo el demonio que Alejo
no le respondia cosa,
y que todas sus mentiras
frustradas fueron y ociosas,
se despidió con presteza,
caminando con ansiosas
veras, y mas adelante
le salió ya de otra forma.
Saludáronse los dos,
platicando en varias cosas,
y por último le dijo,
como venia de Roma.
Volvió á contarle lo mismo,
como Sabina su esposa
no solo traicion le hacia,
permitiendo su deshonor,
sino que premiaba á aquellos
cómplices en su traidora
intencion, y á él le premió
con una sortija hermosa.
Véisla aquí, dijo. y á Alejo
le turbó la vista toda.

Cayó en tierra, conociendo
que era la sortija propia,
que al despedirse le dió
en fe de amor á su esposa.
Clamaba afligido al cielo,
pidiendo misericordia,
y el Señor le envió un Angel
que en sus penas le conforta.
El demonio huir queria,
pero el Angel se lo estorba,
de parte de Dios haciendo
se detenga, aunque se enoja.
A Alejo le dijo el Angel:
sé firme como una roca,
prosigue lo comenzado;
aquesa sierpe horrorosa
que te hablaba, era el demonio,
que con astucia engañosa
le ha sacado la sortija
á tu virtuosa esposa:
ella es santa y está virgen,
aunque en su llanto penosa.
No desistas de tu intento,
y en Dios su asistencia toda
has de poner, y despues
volverás á ver tu esposa.
Yo soy Angel del Señor,
que me envia de esta forma.
Desapareciendo el Angel,
se fue el demonio á las sombras
infernales: luego el Santo
lleno de fe, el alma ansiosa,
alzó los ojos al cielo,
á Dios dió gracias y á toda
priesa dispone el viaje
al santo sepulcro, y postra
su cuerpo y cara en la tierra,
con humildad generosa,
diciendo con muchas veras,
todo lleno de congojas:
Señor mio Jesucristo,
dulce bien que el alma adora,
yo no soy digno de entrar
(el ser quien soy me lo estorva)
en vuestro santo sepulcro,
como antes no reconozca
tu voluntad; y allí estuvo
muchos dias, de la forma
que se ha dicho, tolerando
hambres, frios y deshonras,

penas, sentimientos, sustos,
y aflicciones muy penosas.
Cumplidos ya siete años,
que en oracion fervorosa
estuvo Alejo, escuchó
una voz que así le informa:
siervo de Dios, ya eres digno,
por merecerlo tus obras,
de poder entrar en este
santo sepulcro, entra y goza
de tanto bien; pero Alejo
temió fuese la engañosa
astucia del enemigo.
Segunda vez oye otra,
que le repite lo mismo,
y que el Señor le perdona
sus pecados; y él entonces
con humildad fervorosa
visitó el santo sepulcro,
santos lugares, y todas
las restantes estaciones
que en Jerusalén se notan.
Continuó allí algun tiempo,
padeciendo mucha inopia,
tanto que ya su virtud
á todos se hizo notoria;
y por no ser conocido,
huyendo de vanaglorias,
se partió al puerto de Lira,
y de una nave le informan,
que su rumbo era á Sicilia.
Pide al Maestre le recoja,
éste lo admite, y ordena,
que lo necesario ponga
para comer en la nave;
y él que nada le congoja,
le respondió que un Señor
liberal y de gran honra,
á quien sirvió siete años,
con voluntad generosa
le socorrería en cuanto
se ofreciese, y de esta forma
fue admitido del Maestre.
Al viento las velas todas
dieron, pero á corto trecho
se levantó una furiosa
tempestad y cruel borrasca,
que el buque ya al cielo topa,
ya del mar barre la arena,
visitando sus alcobas,

ya burla d el uracan,
ya es cometa por las ondas,
sin que ningún marinero,
ni piloto en tal derrota
qué rumbo pueda la nave
llevar entonces conozca.
Pasaron en fin tres dias,
que el temporal no mejora,
sin acordarse de Alejo,
que en todos ellos no toma
agua ni sustento alguno,
llamólo el Maestre á solas,
y le dijo: amigo mio,
mucho engaño en vos se nota,
pues veo no os ha enviado
de comer alguna cosa
el Señor que me dijisteis.
Y él con modestia gozosa
respondió: no me ha engañado,
pues su piedad hasta ahora,
jamás ha faltado á nadie,
que es Señor de mucha honra,
y no soy digno llamarme
su criado en tanta gloria,
que es Señor de cielo y tierra,
y aquesta máquina toda
con su poder la mantiene.
Dijo el Maestre: fervorosa
es tu fe, buen Peregrino,
y así pide á Dios ahora,
que nos saque á salvamento.
Cesó la tormenta, y toman
el rumbo, como Dios quiso,
y llegando al puerto de Ostia,
desembarcaron alegres.
Alejo se pasó á Roma,
y llegó á su casa á tiempo,
que el padre con mucha pompa
de criados, á caballo
salía. y él con zozobra
no sin trabajo llegó
diciendo de aquesta forma:
dale limosna, Eufemiano,
á un Peregrino, que ahora
de tí ha llegado á ampararse,
así á tu casa dichosa
traiga Dios á tu hijo Alejo,
prenda del alma que adoras.
Así que Eufemiano oyó,
que á su amado hijo nombran,

sin sentido del caballo,
si no lo tienen, se arroja,
clamorean los criados,
la madre salió medrosa,
temiendo alguna desdicha,
mas fue dicha muy gozosa,
pues tuvo algunas noticias
de su hijo quien le informa,
como le habia tratado
en muchas partes, y en todas
se le mostró muy amigo,
pasando ambos de limosna,
y le informó de sus padres
la piedad tan generosa.
En fin les dijo palabras
tan sentidas y llorosas,
vuelto el padre ya en su acuerdo,
que la madre deseosa
de saber mas de su hijo,
casi del brazo lo toma,
y en su palacio lo mete,
donde mas informe toma
de su hijo Alejo, mas él,
encubriendo su persona,
les daba razon de todo.
La madre estaba llorosa,
tambien su esposa Sabina,
sin que alguno le conozca;
le ofrece varios manjares,
y licores, mas él toma
solamente pan y agua,
y á quedarse se acomoda
debajo de la escalera,
sin aceptar otra honra.
Hizo morada en su hueco,
sufriendo las tenebrosas
noches y dias de frio
con resignacion pasmosa,
y otros muchos vituperios,
que agua y basura le arrojan
encima, dándole golpes,
con él jugando á pelota,
pasándose muchos dias,
sin que de él hagan memoria,
para darle el pan y agua,
sin que él abriese su boca.
Así diez y siete años
llevó vida tan penosa,
hasta que su fin llegado
quiso Dios que reconozca.

Y así pidió al Camarero
con razones amorosas
recado para escribir,
y escuchando esto, se asombra
de que él escribir sabiendo,
pase vida trabajosa.
Dióselo, y allí escribió
su vida tan prodigiosa,
como referida queda.
Coge el papel y le dobla,
y poniendo la sortija
en el dedo, de esta forma
su espíritu á Dios entrega,
que le colocó en su gloria.
Y en otra tercera parte
se dará fin á esta historia.

TERCERA PARTE.

Habiendo entregado á Dios
su espíritu el buen Alejo,
estaba diciendo misa
el Sucesor de San Pedro,
cuando despues del Prefacio
oyen una voz del cielo,
que dice: ven, siervo mio,
á gozar dichoso premio,
y el galardón del trabajo
que por mi amor y respeto
has padecido. Y despues
otra clara voz oyeron,
que de este modo decia:
id encomendaros luego
al Hombre de Dios, que pida
por todo el romano pueblo.
Y al punto de las parroquias,
de ermitas y de conventos
empezaron á tocarse
las campanas, y al estruendo
que en toda Roma se oía,
quedaban todos suspensos.
Partióse el Emperador
y el Senado con deseo
de encontrarlo, y no lo hallaron,
y media Roma anduvieron.
A su Santidad se vuelven,
desconsolados, diciendo,
que no lo habian hallado,
y otra clara voz oyeron,
que así decia: Eufemiano

es el que retiene dentro
de su casa este tesoro.
Fué entonces grande el contento
causado en todos; mas él
que presente estaba á esto,
dijo: señores, yo soy
gran pecador, y no tengo
este favor merecido.
Mas el Pontífice viendo
tal humildad de Eufemiano,
sin detenerse un momento,
con todos los Cardenales,
su cruz y acompañamiento,
fueron allá en procesion,
junto Eufemiano con ellos,
el cual pensó adelantarse,
y llegando allá, al momento
hizo salir sus criados
con luces y con inciensos,
á recibir al Pastor;
no cesando en este tiempo
en todos la confusion
mayormente quando vieron,
que cruces y clerecia
al llegar, se detuvieron.
Al Santo Padre preguntan
la esposa y madre de Alejo
de tanto favor la causa;
y el Pontífice supremo
respondió: en el Vaticano
oímos voces del cielo,
que dicen que en vuestra casa
está por nuestro consuelo
el Hombre de Dios, y así
venir á hallarle he resuelto.
Si muy confusos estaban,
quedaron mas, cuando oyeron
lo que el Pontífice dijo;
nada responder pudieron,
unos á otros se miraban,
mas ninguno atribuyendo
á que fuese el Peregrino,
que subsistió tanto tiempo
debajo de la escalera.
A este tiempo el Camarero
dijo: á no ser por ventura
que sea ese pobre viejo,
que es hombre de buena vida,
y he observado muy atento,
que los domingos y fiestas

comulgaba. Y á este tiempo
fue á la escalera Eufemiano,
llamólo, y estaba muerto,
mas reluciente que el sol,
exhalando de su cuerpo
una fragancia admirable,
y un papel entre sus dedos,
que pretendia quitarle,
y no consiguió su intento.
Salió fuera, y dijo al Papa,
de alegría todo lleno:
aquí está el Hombre de Dios.
Su Santidad mandó luego,
que al pórtico lo sacasen:
hiciéronlo, y allí puesto,
todos se hincan de rodillas,
y el gran Sucesor de Pedro
el papel llegó á tomarle,
y sacarlo no pudiendo,
probaron los Cardenales,
y les sucedió lo mismo.
Llegóse el Emperador,
y sus padres tambien fueron
á hacer las mismas instancias,
y lo mismo sucediendo,
llegó su esposa Sabina,
y así le dijo: fiel Siervo
del Señor, por quien pasaste
tantos trabajos, te ruego,
que ese papel no me niegues,
para saber por estenso
toda tu vida; y entonces
abrió la mano, y el pliego
le entregó, luego lo abren,
y decia: soy Alejo,
del Senador Eufemiano,
hijo legítimo: Oyendo
su esposa y padres lo dicho,
tal fue su llanto y lamentos,
que hasta el cielo penetraban,
y arrojados sobre el cuerpo,
en lágrimas se anegaban,
de pena heridos sus pechos.
Decia el padre: ay de mí!
ay mezquino y triste viejo,
que confiado vivia
de ver vivo á mí hijo Alejo!
Cómo de mí te encubriste,
viéndome con tal tormento,
y con tal pena á tu madre,

sin querer darnos consuelo?
Ay de mi triste vejez!
qué atribulado me veo!
Su madre dice afligida,
rasgando el vestido negro:
dejadme llegar de gracia
á ver mi hijo, que quiero
aumentar mi triste llanto,
y arrojar sobre su cuerpo
estas lágrimas amargas.
Y haciendo muchos extremos,
sobre su hijo se arroja,
y con muy tristes requiebros
le decia: hijo querido,
en qué te agravié algun tiempo,
para que así me dejases,
pudiendo, hijo, pudiendo
declararte, y no que allí
moriste, como te vemos.
Madres, las que teneis hijos,
por ventura habrá consuelo
para una afligida madre
en un dolor tan acerbo?
Llegó su esposa Sabina,
torciendo brazos y dedos
y habiéndole conocido
por la sortija del dedo,
y la señal que la madre
dijo tenia en su pecho,
y la carta daba indicios
de lo pasado, allí fueron
tales las exclamaciones,
tal el quebranto, que entiendo,
que á las fieras mas crueles
les enterneciera el pecho.
Sobre el cuerpo se arrojó,
diciendo con mil lamentos:
triste de mí! tortolilla
sin su dulce compañero,
sin alegría, sin vida,
sin alivio, sin consuelo,
poseida de tristezas
con un golpe tan violento,
que todo el pecho me p asa!
En fin tantos los extremos
eran de padres y esposa,
que de angustia y sentimiento
á un mismo tiempo lloran

los circunstantes con ellos.
Mandó el Papa que tomasen
en hombros el sacro cuerpo,
llevándolo en procesion,
á un magestuoso entierro.
Era el concurso muy grande
de lastimados, enfermos,
mancos, tullidos y cojos,
paralíticos y ciegos,
y todos quedaban sanos,
alegres y placenteros.
No pudiendo caminar,
por ser el gentio inmenso,
que les impedia el paso,
para llegar á San Pedro,
se tomó la providencia
de que esparciesen al pueblo
gran cantidad de moneda,
porque divertido en ello,
pudiera facilitarse
el entrarle dentro el templo.
Con toda solemnidad
las Religiones y Clero
allí hicieron sus ecsequias,
y habiendo tenido el cuerpo
manifiesto trece dias,
para que lo viese el pueblo,
despues lo depositaron
en la bóveda y entierro
del Emperador, que quiso
hacerle este fino obsequio.
Despues su esposa Sabina
hizo á Dios voto perpétuo
de castidad, y cumpliólo,
renunciando desde luego
la pompa y toda grandeza;
puso cilicio á su cuerpo,
obró grandes penitencias,
fue Santa, como sabemos.
Los padres fueron por él
perdonados que los ruegos
de los Santos con Dios tienen
gran poder y valimiento.
Y aquí la hermana de Lucas
del Olmo da fin, pidiendo
al auditorio, perdone
la cortedad de su ingenio.

FIN.

SEVILLA:—IMPRENTA DE LA VIUDA DE CARO.